



#### REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 19.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

#### ADVERTENCIA.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscritores, que desde el número próximo, nuestra humilde revista verá la luz con la censura eclesiástica, con cuyo fallo la escudamos, como quisiéramos escudar todos los trabajos que salen de nuestra pluma.

Los deseos que nos animan son los de enseñar el bien bajo una forma suave y agradable; pero conforme, ante todo, con los sagrados dogmas de nuestra religion.

La aprobacion que hemos solicitado y conseguido, será para nuestros suscritores una garantia de la sinceridad de nuestro propósito, y una tranquila seguridad para nuestra conciencia.

#### SUMARIO.

**Cartas á Elisa:** El suicidio, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Una herencia de llanto, por id.—Á la Santísima Virgen, poesia, por la Srta. D.ª Eloisa Gonzalez.—Solo un Dios y solo un culto, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Seccion para los niños: La Virgen del Lago, por id.

#### CARTAS Á ELISA.

##### EL SUICIDIO.

«El día de ayer fué fecundo en ocurrencias desgraciadas en Madrid.

«Á las doce de la noche, un jóven de unos 18 á 20 años, se disparó un tiro de revolvers, quedando el proyectil dentro de la cabeza. El hecho ocurrió en los altos de la Castellana.

«Á la misma hora, una jóven de igual edad, de oficio riveteadora, se arrojó desde el piso 2.º de la casa número 9 de la calle del Cardenal Cisneros (Chamberí). Se espera la muerte de la desventurada de un momento á otro.

«Ayer se arrojaron al estanque grande del Retiro, á las tres de la tarde, una jóven llamada Carlota Mayo, y á las siete un hombre conocido por Juan García La Vega. Ambos fueron extraídos del agua por los guardas de orden público, y conducidos á la casa de socorro próxima.»

Me llenas de amargura, dulce amiga mia, al hablarme de las noticias que anteceden, tomadas de uno de los periódicos de la corte, y en las que con el corazon oprimido podemos ver que, personas de ambos sexos, de todas edades, de diferentes condiciones y de educaciones distin-



tas, atentan á su vida, y terminan su peregrinacion en este mundo con la bala de una pistola, con la eficacia de un veneno, ó de otra cualquier manera desastrosa, que espanta y conmueve á la sociedad.

Yo tambien, amiga mia, yo tambien como tú, lamento y deploro la especie de fatal manía que ha enloquecido á esa multitud de desventurados que cometen un crimen, ante el cual el código y las leyes son impotentes.

Un crimen mas espantoso aun, porque no deja lugar ni al arrepentimiento ni á la reparacion, y que no solo asesina al cuerpo, nacido para morir, sino que tambien asesina al alma, creada por Dios para ser inmortal.

Muchos de los grandes hombres de nuestra época han combatido el suicidio, valiéndose de toda clase de armas y arrojando sobre la memoria del que así muere los mas severos y terribles anatemas, despreciándole, escarneciéndole, llamándole loco, ó cobarde, ó pusilánime ó criminal.

Todo esto, Elisa mia, ha sido desgraciadamente bien ineficaz, pues á pesar de tantas y tantas cuartillas de papel escritas contra esa espantosa culpa, á pesar de las nobles ideas y de las correctas frases trazadas en contra suya, el número de los que atentan á su vida es cada dia mayor, y no se ataja un hecho de tan espantosas y terribles consecuencias.

Yo creo, Elisa mia, que ya los unos graben sobre la tumba del suicida un padron de infamia, ya le acusen, ya le escarnezan, ya le desprecien, ni unos ni otros van acertados, y no consiguen remediar ni corregir el mal, porque no emplean el único medio de corregirle ó remediarle.

Aparte de los suicidios cometidos en un raptó de locura, de esa enfermedad terrible que exime al hombre de toda responsabilidad en sus acciones, la causa única, absoluta, exclusiva de estos hechos tan repetidos hoy, es, y no lo dudes, Elisa mia, es la falta de creencias religiosas, el ateismo, la carencia de fé, de esperanza, de acendrado catolicismo.

Es el orgullo humano, luchando con la humana impotencia.

Es la soberbia desbordada del corazon de Luzbel, albergándose en el corazon del hombre, y queriendo alzarse hasta Dios, pero estrellándose vencida ante las gradas de su trono.

Es la inmoralidad patrocinada por el descreimiento; es el mar de los vicios y las locuras mundanas, con las turbias olas agitadas por los frios vientos del indiferentismo religioso.

¡Oh! los que intenten curar esa horrible llaga, los que anhelan estirpar ese espantoso cáncer

moral, los que quieran alejar de nuestro suelo la inconcebible tendencia del suicidio, que en la tribuna, en la cátedra, en el periódico, en la novela, con la palabra, con el consejo, con el ejemplo sobre todo, despierten en nuestra sociedad el sentimiento católico, muerto ó apagado hoy por las fatales doctrinas que le vienen predicando.

Que le devuelvan su esperanza en otra vida mas grande, mas imperecedera, mas inmortal.

Que la dejen que aguarde las infinitas recompensas eternas, y los eternos premios otorgados por un dia de sufrimiento: por un dia de resignacion!

Que la enseñen á tener en poco las vanidades, las dichas y las grandezas de este mundo.

Que la devuelvan su fé perdida, su caridad entibiada, sus puras costumbres, su amor divino y su sencilla piedad.

Que busquen, en fin, el correctivo de este daño, no en las ineficaces leyes humanas, sino en las supremas leyes divinas: no en lamano de los jurisconsultos y los letrados, si no en las manos de los ministros del Señor: no en los jurados ni en las discusiones públicas, si no al pié del altar y en el sagrado tribunal de la penitencia!

No hay otro recurso para atajar esta fatal locura, Elisa; no hay otro recurso que la religion católica; freno moral, mas seguro mil veces que el impuesto por la fuerza humana, para contener al hombre dentro del círculo del deber y la virtud. Ella nos demuestra que si este mundo es una senda de espinas, larga á veces, á veces dolorosa, es muy fácil suavizarla y embellecerla con la paz del alma, con el trabajo, con la resignacion.

Ella enseña á los pobres á ser sufridos y á los ricos á ser misericordiosos!

Ella, destruyendo las impías ideas materialistas, nos prueba que la vida es un depósito, del cual no podemos disponer á nuestro antojo porque en sus altos designios nos fué dada por Dios para bien nuestro y para gloria suya.

Ella, en fin, Elisa mia, nos aleja de ese peligroso afán de traspasar la misteriosa valla que el Hacedor Supremo puso á la inteligencia humana diciéndole al par: «de aquí no pasarás.» porque la sabiduria del hombre tiene un limite, y no puede elevarse hasta la sabiduria de Dios, que es ilimitada.

(Concluir).

Enriqueta Lozano de Vilchez.



## UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(Continuacion).

Armando, entre tanto, se habia dirigido á su habitacion, y con una agitacion febril la cruzaba á grandes pasos, deteniéndose á veces, á veces quedando inmóvil.

Las dos niñas tenian que pasar precisamente por delante de su puerta, si querian salir de la casa y volver á la cabaña antes de que el sol se ocultara, pero confiaban en que podian hacerlo sin llamar la atencion del jóven.

Temerosas de las reconvenciones de Inés, pero resueltas á alejarse antes de que Armando reparase en su presencia, salieron y atravesaron parte del espacio que las separaba de la escalera.

—Si nos viese, murmuró Teresa muy bajo, le diremos que mi madre nos ha enviado á reemplazarle hoy en sus quehaceres aquí, y que al salir hemos equivocado el camino, ven.

Y siguieron avanzando rápidamente, pero siempre procurando no hacer ruido.

Al pasar muy cerca del jóven, y en el momento de ganar la bajada, Armando alzó los ojos y los fijó en ellas, llamando su atencion la figura de Andrea que venia delante, y que hizo estremecer al jóven al impulso de un recuerdo.

—¡Ah! exclamó, no me engaño: es ella, es la protegida de Adriana, es Andrea, la que la acompaña alguna vez; ¿habrá venido en su nombre?

Y sintiendo una emocion que en vano trataba de vencer, se acercó á las niñas y las detuvo en su marcha.

Teresa creyó que iba á reñirlas; pero bien pronto se tranquilizó cuando escuchó estas palabras dirigidas á su prima:

—Andrea.... porque creo que te llamas así; Andrea, ¿cómo estás aquí? ¿cómo has sabido que yo vivia en esta casa?

—¡Oh! respondió la niña un poco turbada; yo ignoraba.... yo no podia creer....

—¿No has venido en nombre de tu señorita?

—No, señor.

—Entonces....

—Ha sido casualidad, pura casualidad; su criada de V. era hermana de mi madre.... es mi tía y por eso....

—¡Me he engañado! ¿no era por ella! pensó Armando con amargura, añadiendo despues: ¿y por qué lo siento? ¿no estoy resuelto á huir de estos sitios? ¿no sé que un abismo nos separa? ¿no hay momentos en que yo mismo intento ha-

cer mas profundo ese abismo? ¿no he venido con intento de no volverla á ver mas?

Andrea, que seguia con mirada anhelante todos los movimientos del jóven, que sabia casi lo que pasaba en su alma, puesto que habia sido mudo testigo de su conversacion última con Adriana, le dijo tímidamente:

—Mi señorita ignora que he venido; yo no me he atrevido á hablarle hoy porque estaba tan triste! no ha salido de su cuarto en todo el dia; sin duda la aflige alguna cosa grande, pues ha llorado mucho á solas.

—¿Ha llorado?

—Sí, sí; y en verdad que su duelo me aflige; es tan buena, tan bondadosa para mí!

—¡Oh, Adriana! murmuró Armando con pesar.

—¿Quiere V. que la diga que le he visto?

—No; pero sí.... dile niña....

—¿Qué?

—Que ruegue á Dios por un desgraciado.

—Pero ¿no va V. hoy á volver á la quinta?

—No, Andrea, no volveré mas.

—Yo creo que el señorito Rafael le aguardaba á V. para una partida de caza que ha de tener efecto mañana.

—Mañana ya estaré yo quizá muy lejos de aquí.

Armando hizo una seña de despedida á aquella niña, que permaneció inmóvil aun.

La era imposible alejarse de allí con mas dudas, con mas incertidumbre que antes.

—¿Qué esperas? la dijo el jóven viéndola vacilar.

—¡Oh no sé; pero quisiera, serle á V. útil en algo; quisiera, sobre todo, que no se marchase sin ver á mi señorita; estoy cierta que ella le esperará con impaciencia.

Y Andrea, que profesaba á su protectora un cariño tan ilimitado, juntó sus manos en ademán suplicante, y fijó sus ojos en Armando con una expresion del dulcísimo ruego.

El jóven la miró con extrañeza y preguntó despues:

—¿Qué es lo que te obliga á hablarme de tal modo?

—Que amo á la señorita de Avendaño con toda mi alma: con la ternura que profesaría á mi madre si viviera, porque ha sido el único ser que ha tenido para mí dulces frases y afectuosas caricias: porque daría mi vida por verla feliz, y he jurado por la memoria de mi madre velar dia y noche por su ventura.

—Pobre niña! murmuró Armando contemplando á Andrea con admiracion; pobre niña! no sabe que un mar de sangre separa de Adriana la dicha para siempre.



—¡Dios mío!

—¡Oh! soy un loco en hablar así.

—¿Pero está V. resuelto á partir?

—Sí, es preciso.

—¿Y no diré nada á mi señorita?

—Repítele, si quieres, nuestra conversacion, y dile además, que una voluntad sagrada, la voluntad de un ser que no existe, me obliga á obrar del modo que lo hago.

Andrea se dispuso á marchar.

Teresa la aguardaba con impaciencia.

—Espera, la dijo Armando despues de un instante de duda; quiero darte un recuerdo mío que entregarás á la señorita de Avendaño.

Y el jóven se dirigió á un antiguo armario y buscó en él alguna cosa.

La niña habia vuelto á entrar en la habitacion, y por un movimiento natural fué á apoyarse en la mesa mientras aguardaba.

Sus ojos vagaron un instante sin direccion, yendo á fijarse luego en el papel que aun se hallaba á los piés del Crucifijo.

Un pensamiento atrevido cruzó por la mente de Andrea.

Ella necesitaba á toda costa saber lo que decia aquella carta, ya que estaba segura que Armando era el hijo de la condesa Emma.

Sin detenerse á meditar lo arriesgado de su idea, miró al jóven que se hallaba de espaldas hácia ella, tendió la mano, tomó el escrito, y le guardó precipitadamente en el seno.

Su accion fué tan lijera que Armando no pudo sospecharla siquiera, cuando se volvió de nuevo para entregar á la hija del guarda-bosque un pequeño objeto que ella se apresuró á tomar sin mirar siquiera.

—Esta sortija ha pertenecido á mi madre, dijo con voz conmovida; estaba destinada á la mujer que llevara mi nombre; pero como jamás otra que Adriana ocupará mi corazon, esa prenda es inútil para mí, y yo la suplico que la guarde en memoria mia; dícelo así, niña, dícelo así, tú que la amas tanto.

Andrea aceptó su mision, y como anhelaba alejarse de allí por miedo de que notasen lo que acababa de hacer, salió de la estancia y despues de saludar al jóven se encaminó en busca de Teresa.

—Conocias al señor Armando? la preguntó ésta entre admirada y quejosa: conocias al señor Armando y nada me habias dicho.

—Le he visto alguna vez y aun le he hablado tambien; pero ignoraba que fuese él quien habitaba esta casa.

—Te ha detenido mucho rato; ¿qué ha podido decirte?

—¡Oh! nada que me concierna, te lo juro; solo me ha preguntado por una partida de caza en que el señorito Rafael y mi padre debian tomar parte.

—¡Ah! es verdad que él es un excelente cazador,

—Pero alijeremos el paso, va siendo tarde y yo tengo que volverme antes de que el sol se ponga.

—¿No vas á quedarte con nosotras?

—De ningun modo: mi padre está solo y me reñiria mucho.

—Pues vamos, y te despedirás de mi madre siquiera.

Y las dos doblaron el paso para llegar mas pronto á la cabaña de Inés.

Ésta, que ya las esperaba, las invitó á sentarse á la mesa; pero Andrea se disculpó en breves frases y no aceptó aquel convite, pretestando siempre el cuidado de su padre.

—Al menos, dijo la cariñosa Inés; toma estas frutas secas para el camino.

—Eso sí; pero adios ya, mi buena tia: aunque mis piés son lijeros hay mucha distancia desde aquí hasta la quinta, y las tardes son demasiado cortas: adios, Teresa, ya sabes que te quiero siempre.

Y abrazando á las dos mujeres, Andrea se puso en marcha con un afán que engañó á Inés, obligándola á decir:

—Esa niña es muy cuidadosa y respeta mucho á su padre; ¡ay! temo que Martin sea para ella lo que fué para mi pobre hermana.

—Pues ¿cómo era, madre? preguntó Teresa con curiosidad.

—Demasiado violento, hija mia, demasiado violento, y algo pesado de manos, por cierto.

—¡Pobre Andrea!

—Sí, ¡pobre Andrea! sobre todo cuando Martin pierde la cabeza y se embriaga demasiado.

Entre tanto, la jóven se habia alejado de aquel sitio hasta el punto de perderse de vista entre las sinuosidades del camino.

Andrea iba muy agitada: la carta que llevaba en el seno, aquella carta que habia tomado de un modo casi culpable, precipitaba los latidos de su corazon, y hacia que redoblase la velocidad de su marcha.

Si Armando la echaba de menos, podria sospechar la verdad, podria pensar que ella habia sustraído aquel papel que acaso encerraba un secreto terrible, un secreto de familia, que debia quedar ignorado de todos.

Ella comprendia que habia cometido una falta; pero en su inexperiencia no calculaba su enormidad ni se arrepentia de ella, y solo anhe-



había leer aquellos renglones, que acaso levantarían una punta del velo que la ocultaba el pasado.

—Si espero á llegar á la quinta para leer esta carta, tal vez mi padre haya despertado ya y me impida efectuarlo; mejor sería pararme en cualquier punto del camino, donde nadie pueda interrumpirme; todavía quedan, por lo menos, dos horas de luz, y aunque me detenga un poco, tiempo me queda para llegar.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Con el mayor placer damos cabida en las columnas de nuestro semanario, honrándonos con ello, á la siguiente bellísima composición de la inspirada y notable poetisa, señorita doña Eloisa Gonzalez.

Esta distinguida joven, ciega casi al nacer, ha recibido del cielo luz bastante para elevar sus cantos á la Madre de Dios, de una manera tan dulce y tierna, que no sabemos qué admirar mas en ella, si la belleza y la armonía de sus versos, ó el divino sentimiento que los inspira.

### Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Hoy busco al fin en mi olvidada lira  
Una dulce armonía, algun sonido,  
Ya que mi alma de dolor suspira  
Halle siquiera un eco mi gemido;  
No cantaré á la tarde cuando espira  
Ni de la fuente el lánguido quejido,  
Ni la flor bella que al nacer la aurora  
Hermosa brilla, pero siempre llora.

No cantaré del sol la luz radiante  
Inundando de luz mundos y cielos,  
Ni la esbelta palmera, que ondulante  
Cubre la niebla entre bordados velos;  
No cantaré la brisa murmurante  
Ni del amor los tímidos anhelos,  
Ni de la noche estrella solitaria  
Que viene á recojer nuestra plegaria.

Quiero cantar un dulce sentimiento,  
Manantial de purísima alegría,  
Bendita flor que no deshoja el viento,  
Áura de amor, celeste melodía;  
Quiero elevar mi pobre pensamiento  
Do el sol brillante del eterno día,  
Un rayo esconde de su luz sagrada  
De María en la frente inmaculada

Para tí son mis cantos, Virgen pura,  
Para tí de mi vida los amores,  
Mis sueños de dulcísima ventura,  
De mi niñez las encantadas flores;  
Ciega ante lo que llaman hermosura  
Nunca miré su magia y sus colores,  
Dios ha querido que en dichosa calma  
En tu célico amor viva mi alma.

Gracias, Señor, que si mis pobres ojos  
Cubrir quisiste con ligero velo,  
Fué porque de la tierra los abrojos  
No me impidieran caminar al cielo;  
Tú separas de mí tristes enojos,  
Tú me inundas de paz y de consuelo,  
Tú viertes en mi alma la ambrosía  
Del dulcísimo nombre de María.

¡Oh Madre! ¡Madre mía, yo te adoro!  
¡Quién como tú, tan pura y tan amada!  
Fuente de amor, riquísimo tesoro,  
De Jericó la rosa perfumada,  
Estrella matinal, alcázar de oro,  
Flor del eterno con amor guardada,  
Alba serena cuya luz suave  
Guía de Pedro la invencible nave.

Yo te miro lucir: hermosa brillas  
Junto al trono de Dios onnipotente;  
La vana ciencia del soberbio humillas,  
Amparas con tu amor al inocente;  
Tú de los hijos de las dos Castillas  
El pecho henchiste de entusiasmo ardiente,  
Y con tu nombre y con tu amor triunfando  
Fueron pueblos y pueblos conquistando

¿Dónde están, Virgen pura, los guerreros  
De Covadonga, Otumba y de Lepanto?  
¿Qué se hicieron los nobles caballeros  
Que tú escudaste con tu escelso manto,  
Los cristianos que alzaron sus aceros  
Muros formando al estandarte santo,  
Los reyes que ostentaron vencedores  
El honor y la fé de sus mayores?

Pasaron ¡ay de mí! nuestros pesares  
Hoy mira triunfadora la herejía,  
Los templos del Señor y tus altares  
Derruidos están ¡Oh Madre mía!  
Esparcieron los blancos azahares  
Con que el amor sus mármoles cubría,  
Y el sagrado recinto profanaron  
Hijos tal vez de los que el templo alzaron.

Alcánzales perdon ¡oh Virgen santa!  
Bendita Madre del amor sagrado,



De nuestra fé la antorcha sacrosanta  
 Extinguir el error pretende osado;  
 Oye el triste gemido que levanta  
 El pueblo del Señor, hoy desolado;  
 Del mal arranca la encendida tea  
 Y católica y grande España sea.

Eloisa Gonzalez.

## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

«En breve debía saberlo.

«Williams apareció temprano á la puerta de nuestra casa.

«Venía á informarse del estado de mi madre.

«Esto, á lo menos, le dijo á ella.

«En cuanto á mí, comprendí que alguna otra cosa le traía.

«Celebró el verla levantada y pasado el accidente de la víspera, y despues de algunos momentos se despidió prometiendo volver al día siguiente.

«Como la tarde anterior, dejó á los piés de mi madre el dinero necesario para que nada le faltase.

«Cuando nos quedamos solos y notó ella su nueva dádiva, su corazón se oprimió, y vi rodar por sus mejillas una lágrima.

—¿Por qué es esa pena, madre mía, la dije con cariño.

—¡Ay! me respondió; por mi causa te vas á ver obligado á aceptar la limosna de un hombre á quien no conocemos, y cuyo aspecto me hace daño.

—«Ha venido en nuestra ayuda cuando todo nos faltaba; yo creo que posee un corazón generoso; y luego la manera delicada con que se conduce, no dando lugar á que le hablemos de nuestra gratitud....

—«Puede que tengas razón! sin embargo, hay en su mirada algo de frío que hiela el alma; hay en su aspecto algo que repele: no, no es la dulzura y santa caridad cristiana la que le trae aquí: si ella fuera, mezclaría á la dádiva esas palabras de amor y de consuelo, que hacen mas bien que la limosna material.

«Yo pensaba lo mismo que mi madre; pero no quise decirlo así por no aumentar su disgusto.

«Privado de las cosas mas necesarias á la vida hacia ya mucho tiempo, miraba con codicia aquel dinero que podía proporcionarnos alguna comodidad.

«Es preciso haber tenido hambre y frío, después de haber probado los goces de la vida, para comprender lo violento de aquella tentación.

«Por un lado mi madre, el deseo de devolverla la salud; por otro mi propia naturaleza, debilitada por tantos días de miseria, y por último, la idea de que ya una vez aceptada parte de aquel oro, era lo mismo estar ligado por uno que por mil.

«Siéndome imposible devolver lo que en el primer momento de angustiosa necesidad habia gastado, era igual el aceptar ó no lo demás.

«No sé si fué bien ó mal hecho; pero lo pensé así y obré segun este pensamiento, lanzándome con ansia á cubrir nuestras necesidades.

«¡Oh! hasta aquel día en que volví á disfrutar de los beneficios que produce la riqueza, no me habia parecido tan horrorosa la miseria pasada; no la habia mirado con tal espanto.

«Williams quizá habia comprendido esto al darme tiempo de reflexionar, antes de fijar el precio á sus beneficios.

«Por eso, cuando al día siguiente volvió, siempre frío, siempre grave, siempre impenetrable, estrechó mi mano y me dijo al despedirse:

—«Su madre de V. se halla mejor, y creo que puede dejarla sola algunos momentos, será mucho exigir el suplicarle que me dedique algunos?

«Comprendí que habia llegado el momento de saber á qué atenerme, y solo le contesté:

—«Estoy á sus órdenes, caballero.

—«En ese caso tomaremos café juntos y luego podemos dar un paseo.

Por toda respuesta me despedí de mi madre, tomé el sombrero y salí con él.

«Inútil será, Consuelo, que te refiera todos los detalles de nuestra entrevista. Solo te diré que aquel hombre era de origen inglés, que era protestante y que estaba encargado por su país de hacer propaganda de sus ideas entre nosotros, estando autorizado para conseguirlo, á derramar el oro á manos llenas.

«Las conquistas que hasta entonces habia hecho, limitadas solo á gentes del pueblo, á las cuales se alucina ó se compra muy fácilmente, no tenían satisfechos á sus jefes, y le instaban para que saliese de aquella esfera, si queria adquirir prestigio y fuerza moral.

«Yo era un joven conocido en los altos círculos del comercio y de la buena sociedad de Barcelona: la desgracia de mi padre me habia puesto en evidencia; el hijo de un suicida bien puede ser á su vez un apóstata, pues las lecciones y el ejemplo de su padre no han debido ser los de un católico ferviente.



»Todas estas reflexiones se hizo sin duda Williams al dirigirse á mí para tratar de afiliarme á su secta, y sobre todo, pensó con harta razón que la miseria y las privaciones son malas consejeros para un jóven de mi edad, que no puede resignarse al trabajo ni á las privaciones.

»Ello es que me pidió mi ayuda para su empresa, y que me hizo ver tales ventajas en su modo de pensar, que explanó ante mí sus ideas de tal manera, que al cabo me decidí á afiliarme á ellas.

»¿Contribuyó á esto el que mi padre, ocupado con sus empresas, con sus cálculos mercantiles, se habia cuidado muy poco de mi educación religiosa? ¿fué que en medio de mi juventud, pasada entre placeres, y ocios, y devaneos, y disipación, no me habia detenido á escuchar una sola vez la voz del deber y de la conciencia, ó que la bondad de las ideas de Williams me sedujeron, y me deslumbraron al par sus brillantes ofrecimientos?

»No lo sé.

»Pero de allí á muy poco mi existencia cambió en un todo: me volví á presentar en la sociedad que antes habia abandonado, y fui en ella uno de los mas ardientes defensores de la reforma y del protestantismo.

»Mi historia fué la de otros muchos.

»Williams empezó á proveer todos mis gastos, y autorizado con mi nueva fortuna tuve entrada en todas partes, y en todas partes hice alarde de mis ideas, y procuré tornarlas en fecunda semilla.

»El mundo no se cuidó de preguntarme cómo mi pobreza de algun tiempo se habia trocado en ostentación.

»Un exterior distinguido, un traje elegante, un par de guantes cada día, es cuanto se necesita para ser bien acogido en sociedad, sin que nadie se cuide de preguntar la procedencia de nuestro lujo.

»Las personas mas rigoristas, las mas exigentes, se preocupan un día de ello; pero al siguiente, viendo que no se alza una voz para preguntarlo, lo olvidan, y dan su mano sin reserva al que ha sabido crearse una fortuna, sean cualesquiera los medios que haya empleado para ello.

»Esto sucedió conmigo.

»Pero á medida que iba frecuentando los grandes círculos donde debia trabajar en pró de mi nueva causa, mis gastos se acrecentaban y mis exigencias tenian que subir de punto.

»Cada centenar de libros que me encargaba de hacer distribuir, cada biblia que primorosamente encuadernada conseguia introducir en cual-

quiera de las casas que frecuentaba, costaba á Williams sumas considerables, que él á su vez hacia pagar á sus principales jefes.

»Mi madre ignoraba todo esto.

»Creia que algunas recomendaciones de Wamprey me habian proporcionado una colocación en que ganaba un buen sueldo.

»Los cajones llenos de los libros que se distribuian á manos llenas, y que venian á parar á nuestra casa, los juzgaba objetos de comercio, de que yo era consignatario.

»¡Pobre madre mía, que acostumbrada al lujo y á la opulencia, encontraba casi natural nuestra posición y no se inquietaba por ello!

»¡Ay! ¿qué sabia, qué podia saber de los productos del trabajo, si jamás habia dependido de él, si habia vivido en los salones de nuestra casa, sin cuidarse jamás de saber lo que ganaban sus dependientes.

»Sin embargo, mas de una vez pude notar que una alarma secreta, la sospecha de algo que no podia adivinar, cruzaba por su mente angustiendo su corazón.

»Yo alejaba de su frente aquella nube con mucha facilidad.

»Era tan buena, era tan crédula.

»Williams estaba siempre á mi lado, era el dueño de mis acciones, era el dueño de mi conciencia.

»¡Oh! es cierto que le debia mucho, que me habia sacado de la miseria, que casi habia salvado de la muerte á mi madre; pero tambien yo le servia admirablemente.

»La juventud es atrevida y yo era jóven entonces, y poseia algun génio, alguna inspiración.

»Ayudado y estimulado por él, fundé un periódico que yo escribia y él pagaba, y abrimos una capilla de cultos, de la cual yo era á los ojos de todos el fundador, y el que la defendia contra los ataques que empezamos á sufrir.

»Aquel hombre, sin embargo, no estaba muy seguro de mí; pagaba muy cara mi adhesión para creerla sincera.

»Por eso acaso quiso sujetarme de otro modo.

»Un día le ví llegar á buscarme, y cuando nos hallábamos solos en mi despacho,

—»Sabes, me dijo con su acento irónico y frío, ¿sabes lo que se habla de tí?

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.



## SECCION PARA LOS NIÑOS.

## LA VIRGEN DEL LAGO.

(Continuacion).

—Los trajes, exclamó Cristina con voz ya mas segura, los regalo á las niñas de la aldea, que mas pobres que yo no tienen un padre que las ampare contra el frio, y cubra su desnudez; el dinero y las joyas me sirven para dar de comer al hambriento y socorrer al necesitado.

—¿Y te rebajas hasta el punto de tener compasion de los miserables?

—¡Padre!

—Ya veo que he hecho mal en tenerte lejos de mí tanto tiempo; te han hecho olvidarte de quién eres, y es preciso poner remedio; disponte, pues, á seguirme á Toscana, mientras yo pago á esta mujer los servicios que te ha prestado.

—¿Vais á separarnos? exclamó Marina con terror?

—¿Vais á alejarme de aquí? murmuró á su vez la niña con angustia.

—Sí, dijo Urbano con voz breve; los esclavos aguardan con la litera; vé, pues, que pronto debemos partir.

Cristina, pálida y temblando, iba á formular un ruego: iba á suplicar á su padre que la dejase algun tiempo aun al lado de su nodriza; pero una mirada colérica y severa de aquel hombre detuvo la palabra en sus labios, y solo pudo dirigirse á Marina, en cuyos brazos se refugió, murmurando muy quedo:

—Pídele tú que no me lleve á la ciudad.

Despues, y disimulando su emocion, se separó de Marina, y se dirigió al interior de la casa para hacer sus preparativos de viaje.

La pobre mujer quedó sola con Urbano, cuya presencia la causaba un temor indecible; pero venciendo su timidez y pensando solo en Cristina, se atrevió á decir:

—Señor, esa niña necesita aun de mis cuidados: acostumbrada á las brisas del monte, palidecerá y se angustiará en la ciudad, como las flores de los campos se marchitan y se deshojan cuando truecan el soplo de las auras por el ambiente de los salones: dejadla aun algunos dias en la pobre morada donde ha pasado su niñez, y cuando ya se acostumbre á la idea de mudar de vida, aceptará mas gustosa el cambio que la ordenais.

—¿Pues acaso crees que pueda sentir trocar la miserable cabaña por el dorado palacio, la blanca saya de lino por el brocado de oro?

—Cristina es sencilla en sus gustos y modesta en sus hábitos.

—Sí; ya veo que la has acostumbrado á vivir mas como la hija de un siervo vil, que como la descendiente de un prócer; acaso obrando así, te has servido de mis dones en provecho propio, guardando para tí lo que yo destinaba para la comodidad y el brillo de mi hija: esto merece un castigo.

—¡Señor!

—Lo tendrás.

—¡Cómo!

—Lo tendrás, en la prohibicion de volver á ver á Cristina.

—¡No verla! ¡no verla yo, que la llamo hija! ¡no verla yo, que he pasado parte de mi vida á ella consagrada, que he enjugado sus lágrimas de niña, que he gozado sus primeras sonrisas, que he velado junto á su cuna, siempre, siempre!

—Esos cuidados de que hablas pagados están con el oro que has recibido, y si aun no te parece bastante, toma, estamos en paz.

Y al decir esto arrojó Urbano una bolsa llena de monedas de plata á los piés de Marina, volviéndose orgullosamente para decir á sus criados:

—Preparad las literas, mullid los almohadones de pluma, desplegad las cortinas de púrpura y preparad el látigo para avivar á los esclavos, que vuestro señor va á emprender la marcha de nuevo.

Marina desvió con el pié aquel dinero con que creían pagar una deuda del alma, é inclinando tristemente la cabeza se dirigió en busca de Cristina.

—Cede á nuestros ruegos? la preguntó la niña al verla llegar.

La nodriza enjugó una lágrima y nada pudo responder.

—¡Oh! ya te comprendo; murmuró Cristina con dolor, ya te comprendo, me aleja de aquí!

—Sí, hija mia, sí, mi dulce hija; exclamó al fin Marina deshecha en llanto, abrazando con afán á la niña.

Ésta, al ver el dolor de su nodriza, olvidó, por un efecto de la bondad angelical de su alma, su propio dolor, y solo pensó en consolarla, en calmar su afliccion.

Para ello trajo á sus puros lábios una tierna sonrisa, ocultó en el fondo de su pecho la angustia que la dominaba, y tomando una mano de Marina,

(Continuara).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:  
IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo.